J.R. Navarro, editor. Litog. de Decaen.

Judit.

JUDIT,

ó EL

PALCO DE LA OPERA.

NOVELA CONTEMPORANEA.

I.

Es ciertamente hermoso el teatro de la Opera de Paris; y no hablo aquí de las maravillas que desplega á nuestra vista, de la gracia aérea de Taglioni, del mágico encanto de los Elssler, del portentoso talento de Nourrit, ni el trágico lírico Talma; no hablo tampoco de los sabios acordes de Meyerbeer, honor de la Alemania, ni de las graciosas é inagotables canciones de Auber, el primero de nuestros compositores si no tuviese la desgracia de ser nuestro compatriota. Dejo á un lado el prestigio de las decoraciones, de las costumbres y de las danzas; todavía mas: no no hablo aquí del teatro de la Opera; hablo del salon.

Ese es un espectáculo, aunque por distinto estilo, curioso, gracioso, coqueto y brillante. Mirad en derredor vuestro, y si teneis tiempo de observar, si estais de buen humor, si no habeis perdido vuestro dinero en la Bolsa ú oido un mal discurso en la cámara, si vuestra querida no os ha traicionado ó si vuestra mujer no os ha promovido una querella; si habeis comido bien y con

personas de talento, ó mejor aun con amigos verdaderos, colocaos en la orquesta de la Opera; dirigid vuestro anteojo no hácia los bastidores, sino hácia los balcones, el anfiteatro, y sobre todo, hácia los palcos primeros.... ¡Qué diversidad de cuadros vereis! ¡cuántas escenas cómicas y cuántas aun dramáticas!!

Y fijaos en que no quiero que salgais del observatorio en que acabo de colocaros; porque ¿qué sucederia, si dejando vuestra silla de la orquesta y tomando el brazo de un amigo, os dirigís al foro? No podreis dar allí un paso sin chocar con un ambicioso ó con un ridículo, sin frotar al paso con un diputado, un hombre de Estado de hoy, un ministro de ayer, una reputacion de una semana, un orgullo de todo tiempo; y allí, al derredor de esa grande chimenea, un señor de guantes amarillos que cuenta sus matutinas correrías y sus desafíos en el bosque de Boloña; aquel orador periodista que recita en su conversacion su folletin del dia siguiente; ese *dandy* que vive á expensas de una actriz y le paga en elogios; ese otro que se arruina por ella y se cree obligado á enumerar sus perfecciones, como para justificar á los ojos de sus amigos la colocacion de sus fondos; todo este ruido, esta ostentacion, esta mezcla de amor propio y de pretensiones, darian materia para escribir cien volúmenes, y no quiero contaros mas que una historia.

Una noche, era si mal no recuerdo al fin del año de 1831, bailaba la señorita Taglioni; habia allí una multitud: los curiosos estaban colocados en las gradas, y los taburetes suplementarios suministrados por el acomodador formaban una especie de atrincheramiento y de barricada que me habria costado gran trabajo salvar en medio de los *quietos* y *silencios* de los aficionados, cuyo placer turbaba; porque cuando baila la Taglioni, no solamente se mira, sino que se garda silencio. ¡Se escucha! ¡Parece que no bastan los ojos para admirar! Me encontraba pues muy embarazado con mi persona, de pié, cerca de unos amigos que me habian citado, pero que, muy estrechados entre sí, no podian darme un lugar, cuando un jóven se levanta y me ofrece el suyo, que rehusé, como debeis suponeros, no queriendo privarlo del placer de asistir cómodamente al espectáculo.—No me privais de nada, me dijo,

voy á salir.—Acepté entonces dándole las gracias, y pronto ya á alejarse, mi político vecino arroja una mirada á la sala, se detiene un instante y descansando contra el palco del general Claparède, parecia buscar con la vista á alguno; después cayendo derepente en una profunda distraccion, no pensó ya en partir. Tenia mucha razon en decir que no le privaria del espectáculo, porque volteando la espalda á la escena, no viendo ni escuchando nada, parecia haberse olvidado totalmente del lugar en que se hallaba. Lo examiné entonces: era imposible ver un rostro mas expresivo, mas bello ni mas distinguido. Vestido con una elegante sencillez, todo, en sus modales y gestos, era noble y de tono. Parecia tener de veinticinco á veintiocho años; sus grandes ojos negros estaban constantemente fijos en un palco de los segundos del frente, que veia con una expresion indefinible de tristeza y desesperacion. A pesar mio volví la cabeza en la misma direccion y ví que el palco estaba vacío. Esperaba á alguno que no ha venido, me decia; ella no habrá cumplido su palabra.... ó está enferma.... ó un marido celoso le ha impedido venir.... ¡Y él la ama!.... ¡Y él la espera!.... ¡Pobre jóven!.... Y esperé como él y lo compadecí, y habria dado todo por ver abrir la puerta del palco, que permanecia constantemente cerrada!

El espectáculo estaba próximo á terminar, y durante dos ó tres escenas en que las primeras partes no bailaban y en que se platicaba casi en voz alta, hablaron de *Roberto el Diablo*, que entonces se estaba ensayando y que debia darse dentro de pocos dias; mis amigos me preguntaban sobre la música, sobre los bailables, sobre el acto de las monjas, y todos me pedian con instancia asistir á los últimos ensayos. ¡Es una cosa tan curiosa y tan interesante un ensayo en el teatro de la Opera! Prometí llevarlos y nos levantamos todos para salir, porque el telon acababa de caer, y al encontrarme al lado de mi desconocido, siempre inmóvil en el mismo lugar, le expresé mi sentimiento por haber aceptado su oferta y el deseo de podérsela pagar.

—Nada mas fácil, me dijo; acabo de saber, caballero, que sois M. Meyerbeer.

—No tengo ese honor.

—¿En fin, sois uno de los autores de *Roberto el Diablo?*

—Eso tal vez: he escrito la letra.

—Pues bien, caballero, permitidme asistir al ensayo de mañana.

—Está aquello todavía tan atrasado, que no me atrevo á convidar mas que á mis amigos.

—Razon de mas para que yo insista.

—Yo por mi parte, le dije, tengo mucho en que me hagais esa peticion.

Me estrechó la mano y quedamos citados para el dia siguiente.

Fuí exacto á la cita. Nos paseamos algunos instantes en el teatro esperando que comenzara el ensayo. Conversaba de una manera grave, y sin embargo, con amabilidad y talento; pero era fácil conocer que hacia un esfuerzo para sostener la conversacion y que le preocupaba algun otro pensamiento. Sucesivamente fueron llegando nuestras hermosas cantatrices y bailarinas. Varias veces lo ví estremecerse, y hubo instante en que fué tal su emocion, que se apoyó contra un bastidor. Creí adivinar entonces que tenia alguna pasion desgraciada por una de nuestras diosas; Suposicion que su edad y su figura hacian poco verosímil. En efecto, me engañaba. No habló á nadie, no se acercó á ninguno, y además, nadie lo conocia.

Comenzó el ensayo. Lo busqué en la arquesta entre los aficionados; no lo encontré allí, y aunque el salon apenas estaba alumbrado, creí percibirlo en el palco que contemplaba la víspera con una emocion tan profunda. Quise asegurarme, y al fin del ensayo, después del admirable terceto del quinto acto, subí á los segundos. Meyerbeer, que me tenia que hablar, me acompañaba. Llegamos al palco cuya puerta estaba entreabierta, y vimos al desconocido con la cabeza oculta entre las manos. A nuestra entrada se volvió bruscamente y se levantó; su pálido rostro estaba cubierto de lágrimas. Meyerbeer se extremeció de gozo y sin decirle una palabra le estrechó la mano afectuosamente, como para darle las gracias. El desconocido trató de reponerse de su turbacion, balbutió algunas palabras de gratitud y algunos elogios dirigidos de una manera tan vaga y tan general, que nos mostró

evidentemente que no habia escuchado la pieza y que hacia dos horas que pensaba en otra cosa distinta de la música. Meyebeer me dijo en voz baja y con desesperacion:

—¡El desgraciado no ha oido ni una nota!

Bajamos todos por la escalera del teatro, y al atravesar el vasto y hermoso patio que conduce á la calle Grange-Bateliére, el desconocido saludó á M. Sausseret, que era entonces administrador. Me dirigí á M. Sausseret:

—¿Conoceis á ese hermoso jóven?

—Es M. Arturo, vive en la calle del Helder número 7. No sé mas. Ha alquilado para este invierno un palco segundo.

—Allí estaba hace poco.

—Va á él por la mañana, segun parece, porque jamás lo ocupa por la noche; el palco queda siempre vacío.

En efecto, en toda la semana se abrió la puerta del palco, en el que nadie apareció.

Se aproximaba la primera representacion de *Roberto*, y en ese dia un pobre autor está siempre agobiado por las peticiones de palcos y boletos. ¿Creeis que puede pensar en su pieza, en las correcciones y cambios que necesita? de ninguna manera. Debe responder á las cartas y á los reclamos que le dirigen de todas partes, y en esos dias las damas son las mas exigentes.

—Me debíais haber guardado dos palcos y no tengo mas que uno.

—Me habíais prometido el número 10 al lado del palco del general, y me dais el 15 al lado de madama D***, á quien no puedo sufrir y que os apoca siempre con sus diamantes.

El dia de una primera representacion es un dia en que se incomoda uno con sus mejores amigos, que consienten en perdonaros algunos dias después si habeis tenido un buen resultado, pero que os conservan rencor por mucho tiempo en caso de caida; de manera que quedais mal con ellos y con el público. Una desgracia nunca viene sola.

En la mañana de la primera representacion de *Roberto* dió el director á un periodista el palco que habia prometido á unas señoras. Me incomodé y me respondió:

—¡Es para un periodista.... ¿comprendeis? un periodista.... que os detesta!.... pero que gracias á esta política consentirá en hablar bien.... de la música.

El argumento no tenia réplica, y además, el palco estaba dado. Pero ¿dónde colocar á mis hermanas damas, cuya cólera era por distinto estilo mas temible para mí que la del periodista?.... Pensé en mi desconocido y me dirigí á su casa.

Su vivienda estaba muy sencilla y modesta, sobre todo para un hombre que alquila en la ópera un palco por un año.

—Caballero, le dije, vengo á pediros un gran favor.

—Hablad.

—¡Pensais asistir á la primera representacion de *Roberto*.... en vuestro palco?

Pareció turbado.... y me respondió vacilando:

—Así lo quisiera, pero me será imposible.

—¿Habeis dispuesto de él?

—No, señor.

—¿Quereis cedérmele? me sacareis de un gran compromiso.

Su embarazo aumentaba cada instante; no se atrevia á rehusármelo.... En fin, como haciendo un esfuerzo sobre sí mismo me dijo:

—Consiento; pero con la condicion de que no llevareis á él mas que hombres.

—¡Justamente, exclamé, os lo pido para señoras!

Guardó silencio un momento.

—¿Entre esas damas, hay alguna que amais?

—Sí, sin duda, respondí vivamente.

—Entonces, tomad mi palco. Al fin dejo hoy á Paris.

Hice un movimiento de interés y curiosidad; adivinó mi pensamiento, porque estrechó mi mano entre las suyas y me dijo:

—Bien comprendereis que se refieren á este palco recuerdos muy queridos y muy crueles.... que no puedo confiar á nadie ¿De qué sirve quejarse.... cuando uno es desgraciado sin esperanza.... y por culpa suya?

En la noche se verificó la primera representacion de *Roberto*, y

mi amigo Meyerbeer obtuvo un inmenso aplauso, que resonó en toda la Europa. Después se han sucedido otros muchos sucesos literarios ó políticos, otros muchos triunfos, otras muchas caidas.—No volví á ver á Mr. Arturo,—ya no pensé en él;—lo habia olvidado.

La otra noche, me hallaba tambien en la orquesta de la Opera. Esta vez no se daba á *Roberto*,—se daba los *Hugonotes*. Habian pasado ya cinco años.

—Tarde llegais, me dijo uno de mis amigos, profesor en derecho, abonado á la Opera, que tiene tanto talento de noche como erudicion por la mañana.—Y habeis cometido una tontera, me dijo, tocándome el hombro, un hombrecito vestido de negro, de voz agria y cabeza empolvada.—Me volví hácia él: era Mr. Baraton, el notario de mi familia.

—¡Vos aquí! exclamé; ¿y vuestro estudio?

—Vendido hace tres meses. Soy rico, viudo y tengo sesenta años; he sido casado veinte años y notario treinta.... es tiempo de que me divierta....

—....Y señor, dijo el abogado, sois hace ocho dias abonado á la Opera.

—Sí, es verdad; me guasta reirme,—me gusta la comedia, y he tomado un asiento en la Opera.

—¿Por qué no en los Franceses?

—¡No es tan divertido como aquí!.... se ven y se oyen aquí las cosas mas singulares del mundo. Estos señores saben todo, conocen todo.... no hay un solo palco cuya historia no me hayan contado.

Y veia al abogado que sonreia con ese aire modesto y reservado que se cree discreto y que significa: Yo diria otras muchas si quisiera.

—¿De veras? exclamé; y maquinalmente se dirigieron mis ojos hácia el palco de los segundos, que algunos años antes habia excitado mi curiosidad tan vivamente. ¡Cuál fué mi sorpresa! tambien esa noche estaba vacío, y de todo el salon era el único solo!

Encantado entonces de tener una historia que contar, referí á